

Mar
21
May
2019

Evangelio del día

Quinta Semana de Pascua

Hoy celebramos: Beato Jacinto María Cormier (21 de Mayo)

“No tiemble vuestro corazón ni se acobarde”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 14, 19-28

En aquellos días, llegaron unos judíos de Antioquía y de Iconio y se ganaron a la gente; apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la ciudad, dejándolo ya por muerto. Entonces lo rodearon los discípulos; él se levantó y volvió a la ciudad.

Al día siguiente, salió con Bernabé para Derbe. Después de predicar el Evangelio en aquella ciudad y de ganar bastantes discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, animando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que hay que pasar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

En cada Iglesia designaban presbíteros, oraban, ayunaban y los encomendaban al Señor, en quien habían creído. Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia. Y después de predicar la Palabra en Perge, bajaron a Atalía y allí se embarcaron para Antioquía, de donde los habían encomendado a la gracia de Dios para la misión que acababan de cumplir. Al llegar, reunieron a la Iglesia, les contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe. Se quedaron allí bastante tiempo con los discípulos.

Salmo de hoy

Sal 144, 10-11. 12-13ab, 21 R/. Tus amigos, Señor, proclaman la gloria de tu reinado

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles.

Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Explicando tus hazañas a los hombres,
la gloria y majestad de tu reinado.
Tu reinado es un reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad. R/.

Pronuncie mi boca la alabanza del Señor,
todo viviente bendiga su santo nombre
por siempre jamás. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 27-31a

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis.

Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el príncipe del mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo yo».

Reflexión del Evangelio de hoy

Los encomendaban al Señor, en quien habían creído

Sin duda el libro de los Hechos muestra el desarrollo de la Nueva Alianza de Dios con su pueblo rubricada con la Sangre de Cristo. Es la vida de la Iglesia naciente salida de la esclavitud de la Ley.

Si en el Antiguo Testamento hemos visto el caminar del pueblo de Dios liberado de la opresión de Egipto hacia la tierra que Yahvé le había prometido, en los Hechos constatamos que el Nuevo Pueblo, la Nueva Israel, la Iglesia, camina hacia la Plenitud haciéndolo en seguimiento del Espíritu pero, como nuestros antepasados en la fe, lo harán en medio de contradicciones y dificultades.

En la perícopa que hoy nos presenta la Liturgia vemos a Pablo y Bernabé, encomendados a la gracia de Dios, siguiendo el itinerario que el Espíritu les marca, seguros de que “Dios es el que obra el querer y el obrar en nosotros y por medio nuestro”, poniendo de manifiesto su fe, su completa adhesión a las enseñanzas del Señor, su firme voluntad de no regatear esfuerzo por que la Buena Nueva sea conocida, y su gozo de colaborar con

el Señor en la extensión de su Reino.

Antioquía, Iconio, Listra, Derbe... En todos los lugares por los que pasan se prodigan anunciando el Reino y en todos ellos encuentran las mismas dificultades: la oposición y persecución de los judíos, enemigos acérrimos de su predicación, como también la contradicción humana, que después de intentar adorar a Pablo como Dios, instigados por los judíos, se vuelven contra él y apedreándolo lo dejan como muerto a las afueras de la ciudad.

En la reacción de Pablo, recuperado milagrosamente, cabe destacar su extraordinaria capacidad para perdonar; para, aparentemente, ignorar lo sucedido. Y es que, urgido por el celo de Cristo, vuelve sobre sus pasos para afianzar en la fe las comunidades nacientes que él no había podido dejar lo suficientemente organizadas. Sin duda, Pablo, tiene muy presente en su corazón la misericordia que Dios ha derrochado en él, "transformándolo de acérrimo perseguidor de los cristianos" en su gran Apóstol.

Vuelve porque es consciente de que él no va a estar siempre con ellos, y quiere que las comunidades por él fundadas sean autónomas; de ahí que designe a los presbíteros, ancianos en la fe, encomendándoles al Señor por medio de la oración y la penitencia.

Y vueltos a Antioquía viven el gozo de compartir estas experiencias apostólicas con la comunidad que los había enviado encomendados a la gracia de Dios.

...vendremos a él y haremos morada en él

Intentando captar la profundidad de estos versículos del capítulo 14 de San Juan, mi corazón se remonta a unos versículos anteriores del mismo capítulo, justamente al versículo 23 que en su final nos asegura "...vendremos a él y haremos morada en él"

En la perícopa que hoy nos ocupa, Jesús, antes de iniciar los grandes discursos de despedida, hablándonos desde su corazón, nos asegura y nos deja su Paz...

¿En qué consiste esa Paz que Él nos deja sino en la Presencia de la que nos habla en el mencionado final del versículo 23, "*vendremos a él y haremos morada en él*"?

Presencia

"Presencia", que transmite fortaleza para no temer, para superar las dificultades que día a día nos acontezcan...

"Presencia", porque aunque Él se vaya, ¡vuelve! Está con/en nosotros por el Espíritu que nos está prometiendo...

"Presencia", que nos asegura que aún cuando todo vaya en contra, Él permanece con nosotros:

"Soy Yo, no temáis".

"Presencia", que se nos hace sentir, aunque dolorosamente y sin palabras: "*Ya no hablaré mucho con vosotros, porque llega el príncipe de este mundo que no tiene poder alguno sobre mí...*"

Y nos habla de este modo antes de que suceda para que cuando suceda, creamos...

Y es que el "príncipe de este mundo" está hoy entre nosotros. Y su batalla sigue siendo contra Cristo, en nosotros... Pero en esa batalla, en esa lucha entre el mal y el bien, la PRESENCIA diríamos que le da respeto. Nunca se atreverá más de lo conveniente. Su osadía tendrá un límite, porque la Luz, la Verdad, la Palabra nos sostienen.

Por eso: ¡No temáis! Soy yo... ¡PAZ!

Y con el salmo cantaremos:

¡Que todas tus criaturas te den gracias, Señor!

¡Que te bendigan tus fieles!

Tiempo de espacio interior... tiempo de silencio... tiempo de permanecer y adorar a la vez que con la Oración Inicial suplicamos:...

"*Tu, que nos has dado una vida nueva,*

fortalece nuestra fe y afianza nuestra esperanza

para que no vacilemos de que lo que nos has prometido se cumplirá"



Sor María del Rosario Hernández O.P.
Convento de Santo Domingo (Zaragoza)

Beato Jacinto María Cormier

Años de formación

Luis Enrique Cormier nació en Orleáns (Francia) el 8 de diciembre de 1832. Estudió en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y, después en el seminario menor y mayor de Orleáns. En la etapa de los estudios filosófico-teológicos hizo votos privados de pobreza, castidad y obediencia. Se inscribió también en la Tercera Orden Dominicana. Por aquellos años llevó adelante un proceso de discernimiento que le condujo a plantear su ingreso en la vida religiosa y, en concreto, en la Orden de Predicadores, desde hacía pocos años restaurada en Francia; como las demás órdenes fue suprimida al comienzo de la Revolución. El obispo Félix Dupanloup —de tanto relieve en el Concilio Vaticano I—, dio su consentimiento para que secundara la llamada que experimentaba y hasta pidió a la Santa Sede dispensa de edad para poder ordenarle sacerdote; la ordenación tuvo lugar el 17 de mayo de 1856. Dupanloup aducía como razón para obtener la dispensa «la especial devoción del ordenando».

A los pocos días el joven sacerdote se despidió de los suyos, particularmente de su madre, y se dirigió al noviciado dominicano de Flavigny. Tomó el hábito de Santo Domingo en la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo; desde entonces su nombre será Jacinto María. Recordaban sus compañeros el gusto con que le ayudaban a misa, y el fervor de sus pláticas a los connovicios en las fiestas marianas. Su salud, siempre delicada, se resintió durante el tiempo de noviciado hasta el punto de que hizo temer por su perseverancia en la orden. Intervino entonces el maestro general, padre Vicente Jandel, uno de los primeros discípulos del padre L. cordaire, y se lo llevó a Italia, con la esperanza de que el cambio de clima le ayudara a remontar sus dolencias.

En tareas formativas y de gobierno

Estuvo en el convento de La Quercia, Viterbo, como sub-maestro de novicios (octubre de 1858-enero de 1859); pasó después con el mismo cargo al convento de Santa Sabina de Roma, sobre la colina del Aventino. Había establecido allí el padre Jandel un noviciado general con el objetivo de preparar la restauración de la observancia en toda la orden. Con la aprobación del Beato Pío IX realizó su profesión solemne el 23 de mayo de 1859, en manos del mencionado maestro general.

Apenas profesar recibió el nombramiento de pro-maestro de novicios en el mismo convento de Santa Sabina; al cabo de dos años pasó a Corbara, en la isla de Córcega, donde se trasladó en 1861 el noviciado generalicio.

Al dividirse en dos la provincia de Francia, para restaurar la de Toulouse, el padre Cormier fue nombrado provincial de esta última, en julio de 1865; fue reeligido en 1869, y todavía una tercera vez, aunque no consecutiva, en 1878.

Maestro de la Orden de Predicadores

En el capítulo general electivo, celebrado en Viterbo en 1904, fue elegido maestro de la orden. Apenas tomó posesión del cargo se propuso visitar las diferentes provincias, y así es-tuvo por Italia, Austria, Holanda y Alemania. Se disponía a trasladarse a los Estados Unidos de América del Norte cuando una grave enfermedad le hizo desistir de su propósito. Por consejo de los médicos, de frailes de la orden y hasta del propio papa San Pío X, encargó el trabajo de las visitas a otras personas que le informaban de la situación de los religiosos repartidos por el mundo. Restauró varias provincias, como la de Colombia (1910), Aragón (1912), y creó otras nuevas: Canadá (1911), California (1912).

Se propuso, de algún modo, suplir las visitas por medio de cartas circulares, particulares, y con otros escritos. Fue también aficionado a la hagiografía, y así escribió vidas de santos, beatos, y de otros personajes que destacaron por la fama de santidad.

Prestó un servicio especial a sus hermanos de todo el mundo, así como a innumerables religiosos y sacerdotes, con la fundación del Colegio Internacional «Angelicum», de Roma. Adquirió un terreno apto en el centro de Roma y, fiado en la divina Providencia, y en la ayuda de San Pío X, pudo levantar un edificio capaz para el fin que se proponía.

Durante el sexenio en que vivió en este Colegio Internacional (1910-1916), puso toda su diligencia en que floreciera la vida religiosa según el espíritu de Santo Domingo, y en que los estudios eclesiásticos se renovaran constantemente. Participaba asiduamente en la celebración litúrgica que tenía lugar en la iglesia conventual —procuró buenas ediciones de libros litúrgicos—; quería que se observaran con esmero las ceremonias sagradas; a veces, cuando faltaba el organista, no era raro ver al venerable anciano sentado al órgano para acompañar el canto gregoriano. Este colegio estaba entonces en la vía San Vitale; con el paso del tiempo se establecerá en el antiguo convento de San Domenico e Sisto y será elevado al rango de Ateneo Internacional, y, más tarde, a Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino.

Se preocupó de manera especial de la Escuela Bíblica de Jerusalén, fundada por el padre José María Lagrange, a quien sostuvo en sus duras batallas en bien del progreso de los estudios bíblicos entre los católicos. Profesores y alumnos dominicos de la Universidad Católica de Friburgo (Suiza) le deben la construcción de la residencia «Albertinum».

Siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, ayudó generosamente a las hermanas de la orden, contemplativas y de vida apostólica; les auxilió en la redacción y corrección de sus constituciones; también con ayudas materiales, o sugerencias acerca de la buena disposición de las casas; manifestaba particular pericia en este orden de cosas.

Fue consultor apreciado de diferentes congregaciones romanas, particularmente de las que se ocupaban de la doctrina de la fe, y de la expansión misionera de la Iglesia. El Beato Pío IX lo trató con paterna familiaridad; León XIII se había propuesto incorporarlo al Colegio Cardenalicio; San Pío X decía con frecuencia que "era un hombre santo"; Benedicto XV le dio pruebas de benevolencia hasta la hora de su muerte.

Destacaba por su continuo espíritu de oración, habitual e íntima unión con Dios, devoción filial hacia la Santísima Virgen en cuyo honor recitaba

diariamente las tres partes del rosario; veneraba a Santo Domingo y a los demás santos, especialmente a Santa María Magdalena. Tenía un exquisito sentido de la urbanidad y de la caridad fraterna. Experimentó tribulaciones, posturas opuestas, ingraticudes; lo sostuvo todo con ánimo constante, alentado por el testimonio de la buena conciencia, y poniendo los asuntos en las manos de Dios que juzga rectamente. Fue amante de la pobreza, sincero en la humildad, penitente, amante del silencio.

Al finalizar su mandato de gobierno se retiró al convento de San Clemente de Roma, lugar que gustaba denominar su «desierto». Rápidamente le fueron faltando las fuerzas, hasta el punto de que sólo con mucha dificultad podía celebrar la Eucaristía. Al fin, ni con esa «devoción de devociones» pudo cumplir como deseaba. Había comenzado sus ochenta y cinco años de edad y padecía de úlcera sangrante en el estómago. En los últimos días brilló con luz especial su vida de piedad. Falleció el 17 de diciembre de 1916 renovando su profesión religiosa y bendiciendo a todos. Su sepulcro se halla en la iglesia de San Domenico e Sisto, actual sede de la Universidad de Santo Tomás de Roma.

En 1935 se abrió el proceso informativo para la beatificación y canonización. Fue beatificado por Juan Pablo II el 20 de noviembre de 1994. En la homilía lo presentó el papa como «testigo de la verdad de Cristo en la escuela de Santo Domingo»; quería reconocer y honrar en él el progreso de la inteligencia humana iluminada por la fe. La memoria litúrgica coincide con la fecha de su elección como maestro de la orden: 21 de mayo de 1904.

Vito-Tomás Gómez García, O.P.